

Crónica de atolondrados navegantes

[*Crònica d'atabalades navegacions*, 1971]

Baltasar Porcel

Prólogo de Pere Gimferrer

Epílogo de Pedro Laín Entralgo

Ediciones Península

Barcelona, 1973

189 págs.

Navegaciones del tiempo perdido

Miguel A. Moreta-Lara

Son varios los libros que Baltasar Porcel (1937-2009) dedicó al reportaje viajero y a la narración fantástica en torno al mundo de sus amadas islas y, particularmente, al microcosmos de Andratx, su rincón natal mallorquí. El lector vago, sin salir de casa, navega, de la mano de *Viaje a las Baleares menores*¹, por estas islas e islotes mediterráneos (Ibiza, Menorca, Formentera, Cabrera, La Dragonera, Foradada, Plana, Redona, Conillera, Tagomago, Pobra...), enceguecido por la belleza salvaje de las rocas inhabitadas, donde la naturaleza de una mar sensual es descrita con toda la paleta adjetival del azul instantáneo (cobalto, verde, transparente, inmóvil, claro, celeste, pulido, reverberante, encendido, resplandeciente, puro, radiante, áspero, delicado, extático...), al tiempo que le aturde la presencia intensamente odorífera de la vegetación insular (ciprés, madroño, azufaifo, mimosa, higuera, olivo, pino, sabina, almendro, algarrobo, chumbera, granado, morera, tamarindo, palmera, romero, adelfas, juncos, retama, lentisco, aliaga, queda -cual mosca golosa- mirtos...). Finalmente, prisionero de la Cultura y la Historia de que está impregnado el discurso del escritor mallorquí, que sazonó su prosa con destellos muy bien traídos a cuenta, como perlas orgullosas de una larga sedimentación secular: un poema de Villangómez, una descripción del alférez Sículo, una explicación del náufrago de que está escrito el libro, un capítulo de un viaje de un escritor siciliano del siglo I Diodoro Ponce, una evocación de *Salambó* de Gustave Flaubert, una teoría de la arqueóloga Margaret A. Murray sobre los talayots, una disquisición filológica acerca de la etimología de “Formentera” (que no procede de *frumentum*, ‘trigo’, sino de *promontoria*) y las mil y una huellas de los muchos viajeros antiguos y medievales que recalaron por aquí, apuntes



¹ Este libro recoge los veintiún reportajes publicados en *La Vanguardia* en 1967, más algunos capítulos añadidos. *Viaje a las Baleares menores* [*Viatge a les Balears menors*, 1968], Barcelona, Taber, 1968.

de geógrafos clásicos, referencias a las incursiones de noruegos, catalanes, árabes, turcos, ingleses, piratas, corsarios y otros marinos ilustres.

El tiempo presente también ocupa el interés marino de Porcel y no deja de comentar el fenómeno del turismo con breves incursiones en la sociología, la economía o el urbanismo de este demoledor fenómeno. Lo mismo le preocupan los *barbuts* (beatniks) que el estado de viejos edificios, como ese Ateneo de Mahón (fundado en 1905), que

Alberga curiosas colecciones de gran valor, como la de fósiles, la de insectos, la de aves y reptiles y, sobre todo, la de algas marinas con sus nueve millares de ejemplares y unas mil doscientas especies, que legó a la casa el señor Rodríguez Femenías, y la de moluscos, con unos diez mil ejemplares y cuatro mil especies, que recolectó el capellán Cardona Orfila (Porcel, 1968: 138)².

En el periplo por la isla de Cabrera, es obligado mencionar (y Porcel lo hace con demorado detallismo) la desastrosa historia de los prisioneros franceses: tras la derrota de Bailén, 9.000 soldados del ejército napoleónico fueron trasladados a la isla, convertida en campo de concentración, donde habrían de permanecer cinco infernales años (1809-1814) en condiciones infrahumanas, prodigándose episodios de antropofagia y coprofagia, entre otras mil miserias. Baste decir que sólo sobrevivieron algo más de 3.000³.

De este libro, el viajero inmóvil atraviesa por *Las sombras chinescas*⁴, para atracar en la *Crónica de atolondrados navegantes*, una colección de veintinueve relatos (cada uno de los cuales vale por varias novelas), sembrada de pechelingues y navegantes de diversa ralea, acogedora de un paisanaje que se mueve entre la realidad balear y la fantasía porceliana. Su mundo es el mismo de las crónicas viajeras, pleno de reminiscencias mediterráneas, donde los fantasmas del pasado alumbran las señas de identidad de lo

² Joan Joaquim Rodríguez i Femenias (1839-1905), botánico, explorador, algólogo y un gran estudioso de la flora de Menorca, fue alcalde progresista de Mahón y fundador del primer banco. También proyectó con Odón de Buen un centro de estudios de biología marina que no se llevó a cabo. Autor de *Catálogo razonado de las plantas vasculares de Menorca* (1874), *Catálogo de los musgos de Baleares* (1875), *Algas de las Baleares* (1885), *Flórula de Menorca* (1904), *Catálogo de las plantas y árboles de adorno que se cultivan en Menorca* (1905). Laura Jurado hace una rápida semblanza de este interesante personaje en “El bróker del alga menorquina” (<http://www.elmundo.es/elmundo/2009/11/09/baleares/1257788269.html>, actualizado 09/11/2009, consultado 15/02/2018). Francesc Cardona i Orfila (1833-1892), naturalista y eclesiástico, publicó *Catálogo metódico de los coleópteros de Menorca* (1872), *Doscientos coleópteros más de Menorca* (1875), *Otros cien coleópteros de Menorca* (1878).

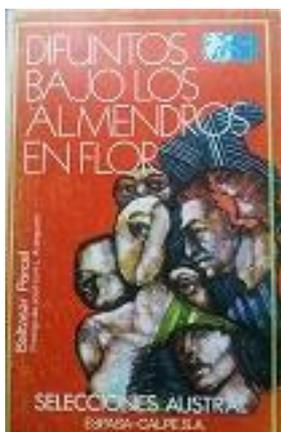
³ El escritor español perteneciente a la Generación de los Cincuenta, Jesús Fernández Santos (1926-1988) dedicó una estupenda novela a este asunto titulada *Cabrera* (1981).

⁴ Baltasar Porcel, *Las sombras chinescas*, Barcelona, Taber, 1968. Prólogo de Pedro Laín Entralgo (el mismo que aparece como epílogo en la *Crónica*). La primera parte titulada “Esos bultos humanos” recoge veintidós relatos, de los que la mayoría -excepto tres- pasarán a la *Crónica de atolondrados navegantes*, aumentada con otros diez nuevos.

balear⁵. La ávida mirada del escritor tampoco nos ahorra los crueles episodios de una cultura rural que se ceba en la muerte de manera canalla⁶. Aunque siempre nos salve el luminoso recomenzar del mar, siempre el mar.

Porcel, que pertenece a esa saga de escritores tan exquisitamente fantasiosos como el gallego Álvaro Cunqueiro (1911-1981) o el catalán Joan Perucho (1920-2003), nos regala una crónica repleta de andanzas de un variado hatajo de díscolos y raros personajes (algunos de ellos parientes más o menos lejanos): herejes, demonios, ahorcados, incendiarios, damas románticas, espías, monjas de clausura, suecos locos, clérigos, piratas, ladronzuelos... Un universo, a ratos grotesco, a ratos intensamente fabuloso, que indaga en la historia mediterránea (de Gibraltar a Rodas, pasando por Venecia) y cada episodio está contenido en el ámbito de unas pocas páginas que estallan en una pirotecnia de otros relatos y personajes apenas esbozados, pero donde encalla mágicamente el lector, atónito ante el despliegue de un contar maravilloso e inacabable.

Para ir terminando, de estas veintinueve atolondradas navegaciones, aludiré, a modo de aperitivo, a solo dos. En la titulada “Lejanos vientos románticos” un extraño británico (Reginald Bery) encandila con sus cartas románticas a una compatriota (Carol Conway)



que acude presurosa a Valldemossa atraída por un arrebato pasional: el mismo asunto sirve de marco a la conocida estancia de los famosos visitantes de Mallorca Chopin y George Sand y, a la vez, el narrador -que conoció al inglés y su historia en Egipto- viaja a Nicosia donde sabrá el resto por boca de miss Carol; pero hay además una trama de espionaje y kilos de ironía y buena literatura al modo del viejo Josep Pla (1897-1981). En las cuatro páginas que ocupa “Los socios de Colón” se nos pone al día sobre el almirante que en realidad no se llamaba Cristóbal Colón sino Joanot Colom, natural de Felanitx (al este de Mallorca), que tuvo que huir con su hermano Tomeu tras la revolución de los payeses mallorquines en 1450 y dedicarse a la piratería con otros cuates de Andratx, como Lluc Marcer y Bonanat Jovera, este último antepasado del autor, que comerciaba con esclavas, blancas o moras: “Una de ellas, antigua monja de clausura de un convento de la Ciudad de Palma, parió hasta seis hijos y parece ser que tenía un garbo exaltadísimo para desarrollar bailes lúbricos [...]”. Una crónica de atolondrados navegantes o el sabroso cuento de nunca acabar.

Málaga, febrero de 2018

⁵ En el epílogo, Pedro Laín Entralgo afirma que Porcel “es un típico escritor mediterráneo” y en su obra “son muy perceptibles varias de las notas que dan carácter propio a los hombres de ese mar. Mencionaré tres: la agudeza de los sentidos, la memoria vieja e irónica, la melancolía mesurada”.

⁶ Este ciclo narrativo de Baltasar Porcel adquiere su más aquilatada expresión en la muy recomendable obra *Difuntos bajo los almendros en flor* [*Difunts sota els ametllers en flor*, 1970], Madrid, Espasa-Calpe, 1978 (con prólogo de José Luis López Aranguren).